con particulares disposiciones contra la blasfemia; la homilía llamada del *Duomo*, con advertencias sobre los vicios principales que dominan en la presente sociedad, la Pastoral de 1854 acerca de la publicacion del Jubileo; otra del año siguiente, en que se anuncia el solemne aniversario de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion; un nuevo Catecismo diocesano, el edicto de 1857 contra el abuso del *Magnetismo*; la declaracion doctrinal contra el *matrimonio civil*, la Pastoral contra la escuelas protestantes de Perusa y otra contra la obra de Renan: *La vida de Jesus*; las reglas prescritas al Clero sobre la conducta que debe observar en tiempos de conmocion política, una Pastoral sobre los errores corrientes contra la Religion y la vida cristiana; otra sobre las prerogativas de la Iglesia Católica, otra sobre la lucha cristiana, otra en que iustruye á su pueblo acerca del Concilio Ecuménico Vaticano y anuncia el Jubileo; una homilía sobre las prerogativas del Romano Pontífice, otra Pastoral contra la violacion de las fiestas y contra la blasfemia, otra sobre los peligros de perder la fé, otra sobre las actuales tendencias del siglo contra la religion, otra (1875) sobre el *Año Santo*, otra (1876) sobre la *Iglesia católica y la civilizacion.*

En esta última, en la que se adunan la más pura ortodoxia, la belleza clásica de la forma y la solidez de la verdadera ciencia, examina la civilizacion bajo su aspecto material, demuestra que la Iglesia no se opone á ningun progreso útil y concluye describiendo los males de la civilizacion moderna y oponiéndoles el oportuno remedio.

En el año siguiente, esto es, en 1878 y diez dias ántes de ser ascendido al Papado, publica otra Pastoral para la Cuaresma, sobre la Iglesia y la Civilizacion, más importante que la anterior, de la que es complemento. Habla en ella de la civilizacion en cuanto mejora las costumbres, rehabilita y purifica las almas, humaniza el trato y comunica generosasidad à las relaciones domésticas y civiles; patentiza la necedad de los que dicen no està ya la Iglesia en el caso de socorrer á los hombres, ni de ser guía y maestra suya; explica el fundamento que aquella dá á la civilizacion, *la caridad*, que solo existe en la Iglesia; hace notar la saludable influencia de la moral cristiana para santificar y hacer que las sociedades prosperen, y la conyugal, sobre todo, de donde nace la familia; y discurre, en fin, sobre las ventajas que saca la sociedad civil de la doctrina de la Iglesia.

El Cardenal Pecci hizo por 9 meses la sagrada visita de su diócesis, y comenzaba la sétima cuando Pio IX le creó Camarlengo de la Santa Iglesia. Durante este largo y laborioso Episcopado se construyeron de nuevo en la diócesis 36 Iglesias y dejó 6 más en construccion. Muchas otras se restauraron ó ensancharon: á su manificencia debe la catedral de Perusa adornos y ornamentos preciosós; pudiéndose decir que el Seminario episcopal subsistió por su generosidad, sobre todo despues de las leyes usurpadoras que pusieron fin á su patrimonio. (1)

IV.

EL CARDENAL PECCI EN EL SACRO COLEGIO.—ES NOMBRADO CAMARLENGO.—SU VIDA INTIMA.—EL CARDENAL PECCI JUZGADO POR LOS ESTADISTAS ITALIANOS.

Ya queda apuntado que Monseñor Pecci recibió la púrpura prometida por Gregorio XVI de manos de Pio IX, é hizo su entrada en el Colegio cardenalicio el 25 de Diciembre de 1853, siete años despues de su nombramiento de Arzobispo-obispo de Perusa. Fué notable en aquella circunstancia que Pio IX publicase *únicamente* un cardenal, y que en el Consistorio de dicha fecha pronunciase el inmortal Pontífice su alocucion *In Apostolicae sedis fastigio*, en la cual dijo al Sacro Colegio cuánto le hacia sufrir el

[1] Estos datos los proporcionó á la *Civilitá cattolica*, Monseñor Laurenzi, obispo de Amanta y auxiliar de Perusa.

gobierno subalpino con sus crueles y reiterados ataques á los más sacrosantos derechos de la Iglesia.

Cuéntase que el dia en que recibió el Capelo, Pio IX le dijo que estaba llamado à ceñir la tiara (1). Durante la ceremonia se vió en una de las tribunas á un jóven de unos 20 años, vestido de rigurosa etiqueta y en cuyo semblante y maneras se revelaba el profundo respeto que le inspiraba aquel acto. Este jóven era el príncipe Federico de Prusia, hijo del príncipe real y sobrino del monarca reinante.

La conducta del cardenal Pecci en Perusa, su popularidad y el alto renombre que le alcanzaron su saber y virtudes, no eran á propósito para mantenerle en la oscuridad, ¿cómo, pues, pudo permanecer en su diócesis otros 25 años, despues de haber recibido la púrpura? A la muerte del Cardenal Barnabo, Prefecto de la Propaganda, ocurrida en 20 de Febrero de 1874, Pio IX dijo á un Cardenal inglés:

—He sufrido una gran pérdida. ¿Cómo reemplazar à ese Cardenal, que tenia un conocimiento tan perfecto y una experiencia tan consumada en los asuntos de la Propaganda?

—Me parece, Santísimo Padre, respondió el Cardenal, que Vuestra Santidad tiene en el Sacro Colegio un hombre del más subido mérito.

—¿Cuál? preguntó el Pontífice.

—Su Eminencia Pecci, un buen obispo.

—Sí, añadió Pio IX, es un buen Obispo y sería una desgracia privar de él á su diócesis.

En consecuencia Monseñor Franchi fué nombrado Prefecto de laPropaganda.

El alejamienlo del Cardenal Pecci dió motivo á algunos espíritus malévolos para que hablasen de divergencia

[1) Ricard, *Le Pape* Leon XIII

entre las opiniones de éste Prelado y las del Cardenal Antonelli, Secretario de Estado de Pio IX.

Consideradas á cierta distancia, dice Herrero, las relaciones que asistieron entre estos dos miembros del Colegio Cardenalicio, parece que aunque igualmente afectos al Padre Santo, reinaba entre ellos algun espíritu de secreta enemistad. Suponen algunos que este espíritu pudo surgir de lo poco favorable que eran los principios de Antonelli á toda idea de progreso, mientras que Mons. Pecci, en interés de la Iglesia, se mostraba partidario de una política más expansiva y ménos refractaria á las mejoras materiales.

Los que esto suponen, llegan de induccion en induccion á creer que Mons. Pecci se hizo sospechoso al Cardenal Ministro por haberse dicho que durante la inter-nunciatura de aquel en Bruselas, se habia inciado en la política y en el mecanismo de los gobiernos constitucionales, atrayéndose así la amistad de un rey protestante. Bajo este supuesto, se aventuran á expresar la idea de que se proveyó en él el Obispado de Perusa para desterrarle ó relegarle al olvido (1)

La contestacion dada por Pio IX al Cardenal inglés arriba apuntada, deshace estos juicios aventurados y ligeros, á la par que descubre la verdad. La Santa Sede quiso utilizar la energía, la gran fuerza moral, el espíritu activo y emprendedor del Cardenal Pecci, allí donde más le convenia, en el Obispado de Perusa.

×

Por lo demás, Pio IX amaba y apreciaba á Mons. Pecci: sucesivamente fué nombrado miembro de la Congregacion de Ritos, de la del Concilio, de la de la Disciplina y de la de Inmunidad Eclesiástica; y cuando fué preciso dar un sucesor al difunto y venerable Camarlengo, Monseñor de

[1] *Historia de Leon XIII*, segun el plan del abate Vidieu, por Don Leandro Herrero. Madrid, 1879

Angelis, Pio IX pensó en el ilustre Arzobispo de Perusa para proveer tan importante cargo.

Antes de la usurpacion de 1870, el Camarlengo (del aleman *Kaner-ling*, camarero ó jefe de la cámara) era el Cardenal encargado en los Estados Pontificios del tesoro y de la administracion de justicia; despues de 1870, sus atribuciones son puramente religiosas y sin relacion con la política: él es quien publica los edictos durante la vacante de la Santa Sede, y dispone todo lo conveniente para la reunion del Conclave y la eleccion del nuevo Pontífice.

La Candidatura del Cardenal Pecci para Camarlengo suscitó alguna desconfianza, pues como queda dicho, despues de la anexion de los Estados Pontificios, Mons. Pecci no rompió de una manera ostensible con los funcionarios del nuevo gobierno: todo lo contrario, sus maneras corteses, la moderacion de sus formas y la estimacion de que gozaba entre los liberales, le hicieron sospechoso á los ojos de algunos Cardenales, de ser amigo del rey usurpador y partidario de su política, por lo cual propusieron, por su parte, al Cardenal Panebianco.

Pio IX sostuvo su candidatura, y los amigos del Cardenal Pecci desvanecieron todas las objeciones. Sin embargo, el Padre Santo quiso oir todavía por separado la opinion de todos los Cardenales residentes en Roma. Celebradas algunas conferencias, pudo cerciorarse de que todos se adherian á su dictámen, é inmediatamente redactó el Pontífice en persona la Alocucion consistorial. Su Eminencia Monseñor Simeoni, la trasmitió inmediatamente á los Cardenales extranjeros, con órden de contestar telegráficamente: *Apruebo ó no.* Todos ellos dieron su aprobacion y el nombramiento de Mons. Pecci para Camarlengo fué así verdaderamente ratificado por todo el Sacro Colegio.

Al sostener Pio IX ésta candidatura, presintiendo que su vida ya no se prolongaria mucho, quiso dotar á la Iglesia con un hombre capaz de gobernarla durante la peligrosa crísis que habia de surgir mientras se verificaba la eleccion del nuevo Pontífice; ó tal vez quiso dar á conocer á todos à la persona que un espíritu profético le hacia mirar como sucesor.

El dia en que el insigne Pio IX le presentó al Sacro Colegio como Camarlengo, en Setiembre de 1877, dijo:

—Si le he nombrado, es que he visto que está dotado de mucha prudencia, de verdadero espíritu de justicia y de gran ciencia.

Ya desde entónces se vió obligado el Cardenal Pecci á ir con frecuencia á Roma, hasta que por último tuvo que establecerse en ella, por lo cual solicitó y obtuvo del Papa el nombramiento del Canónigo Laurenzzi, electo obispo *in partibus in fidelium*, para que lo auxiliase en la administracion de la diócesis de Perusa.

×

El ilustre Prelado de Perusa, hizo muy contadas visitas á Carpinetto; pero con tal facilidad se acostumbró á vivir la misma vida austera y sencilla en que fué educado por sus buenos padres, que no obstante haber pasado la mayor parte de la suya en las ciudades y los palacios, cuando realizó su último viaje á su país natal en 1856, cualquiera le hubiera tomado, dice el abate Vidieu, por verdadero montañés al verle trepar ágil, alegre, calzado con botas encarnadas, los pintorescos riscos de sus montañas.

En su casa solariega de Carpinetto, un modesto lecho de hierro de humilde apariencia, y un hermoso crucifijo de plata sobre fondo rojo era todo lo que se ponia en el dormitorio del Cardenal, durante su corta permanencia en la poblacion.

Esta llaneza de condicion; su caridad inagotable, de que nunca podrán olvidarse los habitantes de Carpinetto, le han valido siempre universales testimonios de simpatía. En Perusa nadie ignora en qué invertía las dos terceras

partes de sus rentas Mons. Pecci, y los pobres son los que mejor lo saben.

Levantábase durante su estancia en Perusa al amanecer, y despues de celebrar el Santo Sacrificio poníase á trabajar con laboriosidad. Comia una sola vez al dia, á la una de la tarde, con tanta frugalidad que con justicia dijo un personaje que lo visitó en los últimos años de su Episcapado: "Nunca he comido más mal que á su mesa: os ofrecia una chuleta de carnero, un pescado del Tiber y una taza de café negro, todo remojado con escasos vasos de vino blanco de las orillas del lago Trasimeno; verdad es que al mismo tiempo el digno señor Obispo bebia agua y comia los restos de su cocido de la víspera, puestos en ensalada. Y con esto y unas maneras de gran señor y una conversacion encantadora, nadie se quejaba de la frugalidad de la mesa; al contrario, envidiábase el favor de sentarse á ella....."

A las diez de la noche se retiraba á dormir.

Vivia con frecuencia en medio de los seminaristas en su palacio episcopal, y despues de 1846 convirtió á este en asilo de todos los belgas perseguidos que se le presentaban y recibíalos el sábio y venerable Arzobispo con exquisita cordialidad. Frecuentemente recibia tambien, durante las vacaciones, á los alumnos del Colegio Belga de Roma; y en este Colegio solía hospedarse cuando tenia precision de ir á la Metrópoli de la Cristiandad.

"Era necesario verle, dice un testigo presencial, en medio de sus seminaristas, para formarse idea de su gran benevolencia y de su gran espíritu de fè. Yo le he visto por la noche presidir paternalmente una especie de repeticion de ceremonias, que sus seminaristas más jóvenes llevaban á cabo con una exactitud que encantaba al Obispo de Perusa."

Una vez trasladada su residencia á Roma, siguió el mismo género de vida. Alojado en el palacio Falconieri (pero no en el suntuoso departamento del Cardenal Fesch), el Ca-

marlengo de la Iglesia, es decir su primera dignidad en caso de fallecimiento del Papa, mandaba preparar su comida en la cocina del dueño del palacio, la cual no tenia fama, por cierto, de hallarse á la altura de la de Lúculo.

Gran parte de sus vigilias las consagró siempre á estudios históricos y literarios. Su carácter siempre afable y bondadoso, revestia sin embargo una majestad y grandeza imponentes, particularmente en los actos del culto divino. En 1870, en la época del Concilio Ecuménico, recibió en el Seminario francés de Roma la abjuracion de una familia judia de Bolonia, y administró á los recien convertidos el bautismo y la Sagrada Comunion. Los 14 ó 15 Obispos franceses que se hallaban presentes, se admiraron tanto de la majestad del celebrante, que no pudieron ménos de decir: "¡Qué hermoso Papa seria!"

×

Las eminentes cualidades de Mons. Pecci fueron reconocidas y confesadas aun por sus naturales enemigos, los hombres de Estado de la Italia oficial. El Sr. Bonghi, antiguo ministro de Instruccion publica y Cultos, decia del nuevo dignatario de la Cámara Apostólica en su libro *Pio IX y el futuro Papa*:

"El cardenal Pecci, nombrado últimamente Camarlengo, es seguramente uno de los ingenios más distinguidos del Sacro Colegio, una naturaleza de las mejor templadas y al mismo tiempo, en cuanto á salud, uno de los más vigorosos Cardenales. Estudió mucho, gobernó bien, fué buen Obispo. El ideal de Cardenal es tan alto como cualquiera otro, y puede decirse que lo realizó. (1.)

El Sr. Bonghi deploraba solamente que el Cardenal Pecci no fuese entusiasta por la situacion creada á la Iglesia por la Italia Unida.

(1) He aquí ese ideal, segun San Bernardo:

"Sint compositi ad mores, probati ad sanctimoniam, parati ad obedientiam, mansueti ad patientiam, subjecti ad disciplinam, rigidi, ad censuram catholici, ad fidem, fideles ad dispensationem, concordes ad pacem, con-

Urbano Ratazzi, antiguo ministro de Víctor Manuel, en una carta dirigida á su esposa desde Florencia, hizo este acabado retrato:

"A pesar de la alta opinion que tengo del Cardenal Di Pietro, y sea cualquiera el deseo que siento personalmente y en interés de mi país de verle suceder á Pio IX, no creo que llegue á cumplirse. Seguramente el emperador Napoleon es de tu parecer, lo que no suele suceder á menudo; pero hay un hombre que con sentimiento mio tiene mayores probabilidades, si Antonelli muere antes que el cardenal Pecci, Arzobispo de Perusa, de quien nuestra tia María nos hablaba el año pasado.

"Esta eleccion me daria mucho en qué pensar, y mi sola esperanza es que Antonelli sobreviva al Papa; porque suspicaz como es, impedirá que llegue Pecci al Trono Pontificio. Creo que el advenimiento del Cardenal Pecci nó cambiaría en gran manera el *statu quo* de hoy. Este Pecci es un hombre de innegable mérito, que me ha preocupado y dado en qué pensar frecuentemente. Está dotado de gran energía y severidad administrativa, y su trato es el más dulce que se puede imaginar. Su conducta en Benevento ha revelado gran capacidad y un carácter firme é indomable.

"Hace algunos año que en Ostende, mientras tú tomabas los baños de mar, hablé mucho del Cardenal Pecci con el Rey Leopoldo, Príncipe el más perspicaz de Europa, que le estudió á fondo cuando residió en Bélgica en calidad de Nuncio, y que contribuyó á que se le diera la púrpura. El Rey no se hacia ninguna ilusion acerca de la flexibilidad de su carácter; y es que, á pesar de la gran elevacion

formes ad unitatem. Sint in judicio recti, in consilio providi, in jubendo, discreti, in disponendo industrii, in agendo strenui, in loquendo modesti in adversitate securi, in prosperitate devoti, in zelo sobrii, in misericordia non remissi, in ocio non ociosi, in hospitio non dissoluti, in convivio non effusi, in cura rei familia ris nonanxii, alienae non cupidi, suae non prodigi, ubique et in omnibus circunspecti." "Citado por Gerónimo Plato en su libro *De Cardinalis dignitate et officio.* Cap. VIII; pág. 56.

de espíritu y de la incorruptibilidad del Cardenal Pecci, á pesar del respeto que inspira á nuestro poder civil, las concesiones que podría hacer no serían más que aparentes, de pura forma, de las que un hombre de mundo no suele rehusar. Podría someterse á los secretos de la Providencia; pero su afecto á la Santa Sede es extremado y sus principios absolutos. Su firmeza indomable, ó mejor dicho, casi feroz, afirma perentoriamente que sería incapaz de plegarse á ninguna exigencia. Es preciso convenir en que es uno de los Sacerdotes á quienes es forzoso honrar y admirar, porque tiene gran sentido político, al que sobrepuja todavia su sabiduría."

¡Ah! no se engañaba el señor ministro con la facilidad con que se engañaron despues despues otros políticos más impresionables, que esperaban ver realizada la absurda reconciliacion.

V.

UNA CIRCULAR DEL PRINCIPE DE BISMARCK—MAQUINACIONES DE LA DIPLOMACIA EUROPEA.—FALLECIMIENTO DE PIO IX—ADMINISTRACION DEL CAMARLENGO EN LA VACANTE DE LA SANTA SEDE.

Recojamos esta preciosa confesion de un periódico protestante de gran valía, el *Times* de Londres:

"Crease lo que se quiera, espérese lo que se quiera, Pio IX ocupaba indudablemente un puesto en todos los cálculos. Si alguno queria realizar algo nuevo, preveer lo futuro, unir los divididos, elevar lo que está bajo, enseñar al ignorante ó verificar una de las buenas obras de este siglo, tenia que contar con Pio IX como amigo ó enemigo, trabajando directa ó indirectamente por él, contra él ó á su lado." (1)

Por esto los impíos, que no podian vencer al atleta de la Iglesia, deseaban con vehemencia la muerte del insigne

(1) *The Times*, Febrero de 1878.